

Capítulo 4 – Progreso Rápido

La primera vez fue casi por vergüenza.

—No tenés que hacer nada raro, boludo -le dijo Ramiro-.

Solo llevás un paquete de un lado a otro. Como cuando llevás empanadas. Nadie te va a pedir título universitario para eso.

Estaban en la esquina, de noche. El auto negro seguía allí, pero esta vez la puerta trasera estaba entreabierta. Una mano apoyada en el techo, un cigarrillo encendido, dos siluetas adentro.

Estanislao apretó el casco contra el cuerpo.

—¿Y si me paran? —preguntó.

Ramiro sonrió con calma prestada.

—

No te van a parar. Y si te paran, decís que sos repartidor. Que hacés mandados. Que no sabés nada. Tenés cara de bueno, Estani, usala.

La frase lo pinchó. Cara de bueno. Pobrecito incluso para el delito, pensó.

—Es solo una vez para probar —insistió Ramiro—

. Nadie se hace rico laburando en negro para el Negro. Mirá a tu abuela, mirá a tu vieja. Toda la vida rompiéndose el lomo y siguen contando monedas. Un viajecito no te hace narco. Te hace **menos pobrecito**.

Menos pobrecito.

Se subió a la moto sin terminar de decidirse. A veces la decisión era eso: subirte, no decir que no.

El tipo del auto negro era más joven de lo que imaginaba. Zapatillas caras, remera lisa, cadena de oro discreta, barba prolija. Nada de villano de película.

—¿Estanislao, no? —preguntó, mirándolo como quien evalúa un producto.

—Sí.

—Me dijeron que sos cumplidor. Eso vale más que cualquier otra cosa —dijo el tipo—

. Acá nadie te va a pedir currículum. Solo que hagas lo que se te pide y no te hagas el héroe.

Le dio una bolsa gris, común y corriente, con un logo de supermercado.

—

Esto va a la dirección que te mando por WhatsApp. Te esperan. Entregás, te pagan. Vos no viste nada, no sabés nada. Lo tuyo es solo **trabajo logístico**.

Trabajo logístico. La capacidad infinita del lenguaje para maquillar las cosas.

—¿Y si algo sale mal? —se atrevió a preguntar Estanislao.

El tipo se quedó en silencio un segundo. Lo miró a los ojos.

—Si algo sale mal, no vas a tener tiempo de preocuparte —respondió, casi amablemente.

Después le guiñó un ojo, como si fuera un chiste, y le dio un par de billetes adelantados.

—

Para que veas que acá **el esfuerzo sí paga**, nene. No como en los laburitos de siempre.

Esfuerzo. Pagar. Progreso. Las mismas palabras de siempre, con contenido nuevo.

La ciudad de noche parecía otra. Las calles que de día estaban llenas de colectivos, vendedores, oficinistas apurados, ahora eran un tablero de luces y sombras.

Mientras manejaba, Estanislao trató de concentrarse en el camino. La moto vibraba, la bolsa gris rebotaba levemente entre sus rodillas.

Pensó en el Presidente diciendo que "el esfuerzo no garantiza nada".
Pensó en el ministro diciendo que exigir era crueldad.

Y, sin querer, pensó que, si ellos tenían razón, entonces este trabajo tenía su lógica: Si el sacrificio honesto no paga, el sacrificio torcido se vuelve tentador.

La dirección era en una zona de casas bajas, más prolijas que las de su barrio. Rejas pintadas, autos enteros, veredas sin pozos. Clase media trabajadora, pensó.

Tocó timbre. Salió un tipo en jogging y remera deportiva, olor a perfume caro mezclado con desodorante.

—¿Vos sos el de la moto? —preguntó, mirando primero la bolsa y después la cara.

—Sí.

El tipo asintió, tomó la bolsa con naturalidad, como si fueran víveres del súper. Le puso unos billetes en la mano, contados.

—Listo, maestro. Gracias. Que Dios te bendiga.

Dios te bendiga. Otra frase que ahí sonaba extraña.

Mientras se alejaba, Estanislao se dio cuenta de algo que no lo sorprendió, pero igual lo golpeó:

La droga no era solo cosa “de los pobres”. El tipo de la remera cara y la casa prolija era parte del mismo circuito.

La teoría del pobrecito no se quedaba en el barrio. **También vivía en la clase media que se sentía víctima del estrés, del jefe, del sistema... y se permitía sus propios atajos.**

Volvió al punto de partida con el corazón acelerado, aunque el viaje había sido corto y sin sobresaltos.

El tipo del auto negro lo esperaba con el mismo cigarrillo encendido.

Estanislao le dio el dinero.

—Cumpliste. Bien —dijo—

. Si querés, hay más de estos. Una vez por semana, dos, lo que aguantes. En unos meses, te comprás tu propia moto. Dejas de ser el chico que pide prestado.

Le puso la mano en el hombro.

—

Te lo digo así: acá, el mérito **sí** tiene premio. El que más arriesga, más gana. Mucho más justo que el país “normal”, ¿no?

La palabra mérito le sonó sucia en esa frase, pero no pudo negar que había lógica.

Ramiro lo felicitó con una palmada fuerte.

—

¿Viste? Primer viaje, plata en la mano, nadie muerto, nadie preso. Te dije. Progreso express.

Estanislao guardó los billetes. Pesaban.

Al día siguiente, con parte de ese dinero compró zapatillas nuevas para la abuela y arregló la pérdida de gas de la cocina. Podía sentir, casi físicamente, cómo cambiaba el aire en la casa.

—¿Y de dónde salió todo esto, nene? —
preguntó la madre, entre agradecida y desconfiada.

—Changas nuevas —respondió él—
. Me están pagando mejor. Parece que sirvo para algo más que andar de acá para allá.

No era mentira del todo. Solo le faltaba la nota al pie.

La abuela lo abrazó fuerte.

—Dios no se olvida de los pobrecitos —dijo, con lágrimas—
. Tarde, pero manda lo suyo.

La frase le atravesó el pecho.
Dios, los pobrecitos, la ayuda, el dinero que venía de un lugar oscuro. Todo mezclado en una misma sopa moral.

Esa tarde, mientras esperaba otro mensaje que no terminaba de desear pero tampoco de rechazar, sonó el celular por otro lado.

Era un número desconocido, de línea fija.

—¿Estanislao? —preguntó una voz femenina, clara.

—Sí, él habla.

—

Te llamo del centro de estudios nocturnos del barrio vecino. Te habías anotado hace un año para terminar el secundario, ¿te acordás? —dijo la voz—
. Quedaste en lista de espera. Ahora se liberó un cupo para completar cuarto y quinto año en dos años. Turno noche. Si todavía te interesa, podés venir a la charla informativa.

Se quedó mudo.

Había ido a esa charla hacía tanto que casi había olvidado la inscripción. En ese momento, estaba convencido de que nunca lo iban a llamar. Otro trámite perdido en una oficina cualquiera.

—¿Seguís ahí? —insistió la voz.

—Sí. Sí, me interesa —respondió, sorprendiéndose a sí mismo.

—Perfecto. Te esperamos el lunes a las siete. Traé DNI y fotocopia. Y ganas — agregó la mujer, con una risa corta.

Colgó. Miró el celular como si fuera un objeto extraño.

El mensaje del auto negro llegó dos horas después:

“Si querés repetir lo de ayer, hay ruta nueva para vos mañana. Pagamos un 20% más. Confirmá con un ‘ok’.”

Tenía, de golpe, dos invitaciones encima de la mesa.

Una al **Camino B**: plata rápida, riesgo, poder, un tipo de mérito torcido.

Otra al **Camino C**: clases nocturnas, desgaste, sueño, un título que quién sabe si le iba a servir.

Se sentó en la cama con el cuaderno en la mano.

Escribió:

“Camino B vuelve a llamar cuando probaste una vez.

Camino C llama tarde, con voz tímida, como pidiendo disculpas.”

Abajo, hizo dos columnas:

- **B – Drogas, plata, moto propia, miedo.**
- **C – Estudio, cansancio, futuro incierto.**

La diferencia fundamental, pensó, era una que nadie nombraba:

En el Camino B, si salía mal, no solo caía él. Caía más gente.

En el Camino C, si salía mal, el único que perdía era él.

Suspiró.

Ramiro le mandó un audio casi al mismo tiempo:

—

Dale, Estani. No te me pongas filosófico ahora. Aprovechá la racha. Pobrecito una vez, vivo otra. Después vemos.

Esa noche salió a caminar sin rumbo. Necesitaba aire.

Pasó por la avenida principal. Entre carteles de créditos imposibles y locales de ropa barata, un afiche diferente le llamó la atención:

“CHARLA GRATUITA:

‘DEL BARRIO AL MUNDO’

Historias de pibes que estudiaron, emprendieron o emigraron.

Organiza: Centro Cultural La Escalera.”

Abajo, una foto en blanco y negro de tres jóvenes en un aeropuerto, sonriendo con mochilas.

“La Escalera”, pensó. Buen nombre.

Se acercó a la puerta. Adentro se escuchaban voces, risas, otra energía.

Dudó un segundo. Podía entrar, sentarse al fondo, escuchar historias de gente que eligió el Camino C.

O podía volver al barrio, contestar “ok” al mensaje, y seguir subiendo peldaños en una escalera más rápida, pero inclinada hacia el abismo.

Metió el celular en el bolsillo. Puso la mano en el picaporte.

No sabía todavía qué iba a elegir.

Pero, por primera vez, tenía frente a sí los tres caminos claros:

- **A:** pobrecito agradecido.
- **B:** vivo peligroso.
- **C:** protagonista cansado, pero dueño de sí.

Y algo dentro suyo, una voz pequeñita que no venía de la tele, ni de los ministros, ni del auto negro, ni siquiera de la abuela, susurró:

“Si este país se llena de A y de B... ¿quién lo saca del pozo?”

Esa pregunta, más que ninguna otra, fue la que le empujó el cuerpo hacia adentro del centro cultural.

La puerta se cerró detrás de él, con un clic leve, pero distinto a todos los que había escuchado ese día.